## **Solo nos tenemos a nosotros mismos**

 “Tienes que entenderlo, tengo que irme y no puedes venir conmigo, volveré antes de que te des cuenta de que me he ido” Estas son las palabras que no puedo olvidar desde hace año y medio, cuando mi padre se marchó a la guerra, a ayudar a los indefensos, según él, pero, ¿quién le defendió a él cuando esa bala atravesó su cuerpo? Nadie. Nadie se acercó a él. Nadie lo llevó al hospital. Nadie hizo nada, si alguien lo hubiera hecho esa bala que le atravesó la pierna no lo habría matado, pero no hubo nadie que se preocupara por él, todos sus compañeros lo dejaron solo, tirado en el suelo, desangrándose. Por eso no puedes confiar en los demás, solo nos tenemos a nosotros mismos, nadie se va a preocupar por ti si tú no lo haces primero, y cuando tú te fallas ya no te queda nada, únicamente un vacío que nunca se llenará, por eso estoy aquí, en lo alto del puente Montegris, con el río Socro pasando a gran velocidad a veinte metros por debajo, solo un pequeño salto me separa de una caída mortal, un salto que en unos momentos daré. ¿Queréis saber por qué? Tranquilos, yo os lo explico y seguro que cuando acabe entenderéis mi decisión.

 Soy Cris, una chica de 15 años que vivía una vida normal y feliz hasta que mi padre murió en la guerra, entonces todo se estropeó. Mi madre no podía pagar el alquiler con su sueldo y nos tuvimos que mudar a un albergue en la otra punta de la ciudad, allí conocí a Lucas y a Miriam, acercarme a ellos fue uno de mis errores. En el instituto mis notas empezaron a bajar, pero qué podía hacer si estaba más preocupada por que no me robaran la poca comida que teníamos que en hacer los deberes de Física. Mis supuestos amigos no paraban de mirarme con pena y decían que necesitaba espacio, una excusa barata para dejar de juntarse conmigo porque ya no era una de ellos, ya no tenía mi familia perfecta, con nuestra casa perfecta y eso a ellos no les interesaba.

 Los primeros meses no nos fueron tan mal, mi madre se iba a trabajar, era limpiadora en una empresa del centro, y yo me encargaba de cocinar y limpiar en nuestra pequeña habitación del albergue. Lo verdaderamente malo empezó cuando mi madre comenzó a llegar a altas horas de la noche y borracha, muy borracha. Un día, cuando casi ni podía mantenerse erguida, me dijo que la habían despedido del trabajo y que no encontraba ningún otro, y no sabía si quería encontrarlo. Ella estaba fatal y nuestras reservas de dinero empezaban a escasear, por lo que tuve que empezar a robar.

 El mejor momento para robar era el mediodía, cuando los mercados y tiendas se encontraban más concurridos. Los primeros días me llevaba pocas cosas porque pensaba que si me llevaba muchas cosas se percatarían de mí.

 Una tarde, volviendo del mercado del que me había llevado un pequeño botín, me encontré a Lucas y a Miriam, ya los conocía de vista, del albergue, ellos vivían en la parte opuesta a la mía. Los dos se acercaron a mí y me dijeron que me habían estado observando y que no se me daba nada mal esto de robar para ser una principiante. Yo no supe qué decir y ellos continuaron hablando, tomando mi silencio como una invitación para explicarse y me dijeron que les gustaría que trabajáramos codo con codo. Yo me lo pensé, y me pareció una buena idea porque siempre los veía llegar al albergue con bastantes alimentos, por lo que creí que me ayudarían, pero no podía estar más lejos de la realidad.

 Al principio todo era genial, por las mañanas íbamos juntos a los distintos mercados y allí nos separábamos y cada uno cogía una buena cantidad de comida, después nos veíamos en algún callejón y nos repartíamos lo obtenido.

Durante este tiempo mi madre empeoró su estado y ya no salía de la cama, por esto empecé a pasar más tiempo con Lucas y Miriam, ya que prefería estar en la calle a ver como mi madre se iba consumiendo poco a poco. Lucas y Miriam no eran mis amigos, ni de broma, solamente éramos compañeros, hacía mucho que no confiaba en nadie para llamarlo realmente amigo, pero juntarme con ellos tenía sus cosas positivas, al parecer eran bastante respetados por todos y esto me daba cierta protección en las peligrosas calles.

Un día, Lucas decidió que deberíamos dar un paso en nuestro pequeño negocio y que podríamos empezar a robar móviles, al principio tuve mis dudas, pero ambos acabaron convenciéndome y decidimos que el día siguiente llevaríamos a cabo el robo.

A la mañana siguiente nos vimos un poco antes porque nuestro plan iba a ser distinto al de siempre. En este caso Miriam se chocaría contra alguna viejecita despistada y mientras se disculpaba y ayudaba a la mujer, Lucas cogería el móvil y me lo daría a mí, que saldría del mercado sin prisa y como si nada

Cuando llegamos al mercado todos teníamos claros nuestros papeles y nuestro plan dio comienzo en cuanto entramos por la puerta. Al principio todo salió sorprendentemente bien, Miriam eligió a una señora que iba despistada y con el móvil en la mano. Se acercó y se lanzó contra ella de la forma más disimulada posible, entonces la mujer perdió el equilibrio y soltó el móvil. Mientras Miriam ayudaba a la señora y le pedía disculpas, Lucas se acercó y cogió el móvil, luego se dio la vuelta y vino hacia mí a un ritmo excesivamente lento. Justo cuando me entregó el teléfono la mujer se percató de la falta de su móvil y vió que lo tenía en la mano. La mujer empezó a gritar y Lucas y Miriam se unieron a ella, Lucas incluso llamó a la policía. Yo no sabía qué hacer, pero no podía quedarme quieta, así que salí corriendo.

No sé por qué acabé de vuelta en el albergue y llegué a la pequeña habitación donde estaba mi madre, entré y me puse a llorar, todo eso me estaba pasando por confiar en los demás, ya sabía yo que solo debía fiarme de mí misma, pero aún así había vuelto a dejar que los demás dirigieran mi vida, fui demasiado débil. Cuando me calmé me asomé a ver cómo estaba mi madre, y la encontré como siempre, tumbada en la cama, me acerqué para intentar despertarla, estaba enfadada y me apetecía gritarle a alguien, aunque fuera a una borracha que llevaba sin hacer nada dos meses, pero mi madre no despertaba. Lo intenté repetidas veces, con el mismo resultado, empecé a agobiarme y le tomé el pulso, sin obtener nada, mi madre estaba muerta.

En ese momento llamaron a la puerta, era la policía, no sabía qué hacer y salí por la ventana. Estuve deambulando un rato y supe a dónde tenía que ir y qué era lo que debía hacer.

Una hora después llegué a dónde me encuentro ahora, al puente Montegris. Como os he dicho antes, estoy segura de que ahora entendéis lo que voy a hacer, porque seguro que habéis llegado a la misma conclusión que yo, ya no me queda nada, nada por lo que seguir viviendo, he perdido a mi familia, no tengo amigos y la policía me está buscando, ¿para qué iba a querer seguir aquí? No tengo nada que hacer, y aunque lo tuviera no podría porque no me queda nada. Por lo que esta es mi despedida y la escribo porque no quiero que cometáis los mismos errores que yo, por favor no confíes en nadie, solo os tenéis a vosotros mismos, y si os falláis no os quedará nada. Ya he contado todo lo que debía y solo me queda una cosa por hacer: saltar.

**FIRMADO:** J.K Riordan